Tatá

Valérie Perrin

Tatá

Traducción de Núria Viver

Duomo ediciones
Barcelona, 2025

A Claude Lelouch
Para mi hermano Yannick
A los ausentes, Jérôme Chaussin y Jean-Paul Didierlaurent

2010. Samuel Paty, Simone Veil, Milos Forman e Isabel II todavía estaban en este mundo. Barack Obama era presidente de Estados Unidos y Vladímir Putin había encargado el asesinato de Anna Politkóvskaya cuatro años antes. Ese año se declaró Año Francia-Rusia. Ignoro lo que eso significa.

Los talibanes no habían recuperado el poder en Afganistán.

Kathryn Bigelow se convirtió en la primera mujer que ganaba el Óscar al mejor director por *En tierra hostil*.

También fue el año en que, por sexta vez, Meryl Streep fue nominada en la categoría de mejor actriz. Se inauguró el rascacielos más alto del mundo en Dubái, la producción mundial de CO_2 aumentó un 6 por ciento y fue el año más cálido registrado nunca. Posteriormente se batió este récord.

En Francia, Nicolas Sarkozy era presidente.

TikTok no existía. Adele todavía no cantaba *Someone Like You*, ni Clara Luciani *La Grenade*.

2010 fue el año de *J'accuse* de Damien Saez.

2010 fue el año en que mi tía murió por segunda vez.

Primera parte

1

21 de octubre de 2010

—¿Diga?

—Buenos días, señora.

—Buenos días.

—¿Es usted la sobrina de Colette Septembre?

—Sí.

—Llamo de la gendarmería. De la comisaría de Gueugnon. Soy el inspector Cyril Rampin. Tengo que darle una mala noticia.

—...

—Su tía ha fallecido.

—¿Mi tía?

—Colette Septembre. Estoy con los bomberos. Acabamos de encontrar su cuerpo en el número 19 de la Rue des Fredins. Todo parece indicar que murió mientras dormía. Llevaremos su cuerpo al Instituto de Medicina Forense para la comprobación.

—Mi tía Colette está enterrada desde hace tres años en el cementerio de Gueugnon. Vivía en la Rue Pasteur.

—Tengo su carné de identidad ante los ojos, es Colette Septembre, nacida en Curdin el 7 de febrero de 1946. En la foto tiene un aspecto más joven, pero es ella.

—Debe de ser un error. Sin duda es un homónimo.

—Dentro de su monedero hay una nota escrita: «Persona de contacto en caso de urgencia, mi sobrina Agnès, teléfono 01 42 21 77 47».

—...

—También se indica que quiere que la incineren. Y descansar con Jean Septembre.

—¿Jean?

—Sí. ¿Lo conocía?

—Era mi padre.

—¿El hermano de su tía?

—Sí. Pero mi tía Colette murió hace tres años, ya le digo.

—¿Dónde vive usted?

—En París.

—¿Su tía tiene otros parientes cercanos?

—Yo soy... la última. Soy la única... y mi hija... Pero...

—La acompaño en el sentimiento. ¿Cuándo piensa venir para identificar el cuerpo?

2

En 2000, mi tía desapareció durante una semana después del partido del F. C. Gueugnon contra el Paris Saint-Germain. Era la primera vez que un equipo de segunda división llegaba a la final de la Copa de la Liga, equipo apodado «los Forgerons» por el que sintió una gran adoración durante toda su vida.

Resultado del encuentro: 2-0. Un acontecimiento que parecía una mera formalidad. David contra Goliat. El partido tuvo lugar en el Estadio de Francia y se emitió por la tercera cadena. Richard Trivino, portero. Amara Traoré, capitán. Alex Dupont, entrenador.

Mi tía había colgado un retrato de Alex Dupont en su casa y también uno de Émile Daniel. Tenía todas las fotos del equipo y rodeaba algunas caras con rotulador rojo, como los tipos buscados por la mafia.

En el minuto 65, Trapasso marcó el primer gol. En el tiempo de descuento, Flauto marcó el segundo. El Paris Saint-Germain nunca había claudicado en una final. Hubo muchos vítores, y muchas lágrimas. La victoria llenó todos los vasos. Decenas de autocares de hinchas habían partido hacia París. Mi tía iba sentada delante, sola, para ver la carretera. En las gradas, miles de manchas del mismo color amarillo y azul de la equipación de los jugadores coreaban: «¡Y uno y dos!».

Al regresar, el chófer del bus de Colette, un tal Éric, la buscó por todas partes. No respondía a la llamada. La esperaron. La llamaron otra vez. Nunca apareció. Telefonearon a mi madre, su única familia política: «Su cuñada se ha largado». A lo cual mi madre respondió que no se preocuparan.

Colette reapareció tres días más tarde, sentada en su zapatería, inclinada sobre un par de mocasines del número 42 pertenecientes a Christian Duclos, cuyo tacón derecho tenía un desgaste pronunciado debido a una ligera cojera de su propietario, reminiscencia de una caída de la bicicleta.

Nunca se supo dónde había estado. Nadie se lo preguntó. Nadie le preguntaba nada.

El día de la victoria fue la primera vez que me enteré por mi madre de que mi tía a veces desaparecía, pero que siempre terminaba volviendo. Lo dijo como si fuera un chucho que se escapa y acaba por regresar cuando tiene hambre.

3

21 de octubre de 2010

Tengo ganas de llamarlo. Necesito llamarlo. Imagino lo que le diré. Imagino lo que me responderá. Su ¿diga?

—¿Pierre?

—Sí.

—¿Eres tú, Pierre?

—Sí, soy yo.

Su voz, el tono de su voz, irritada, apremiante. Siempre ha respondido al teléfono como un tipo que está a punto de salir. Que ya se ha puesto el abrigo. Que vuelve deprisa al teléfono para responder. Responder para librarse del tema.

—Soy Agnès.

¿Cómo iba a reaccionar? No le dejaría tiempo para decir: «¿Agnès?» o «Agnès». O: «¿Por qué me llamas? ¿Ha ocurrido algo?».

«Figúrate. La gendarmería me acaba de llamar. La gendarmería de Gueugnon. Colette ha muerto».

No, no diría: «Figúrate». Diría:

«La gendarmería de Gueugnon me acaba de llamar. Han encontrado el cuerpo de una mujer y se obstinan en decirme que se trata de Colette».

No. Nada de obstinarse. Yo nunca diría: «Se obstinan». Él me respondería:

«Si ya estaba muerta... ¿Has bebido? ¿Has estado bebiendo o qué?».

Y yo le soltaría:

«Eso te vendría muy bien. Así, tú y tu fulana podríais tener la custodia exclusiva de Ana».

Y colgaría.

Nunca he pronunciado la palabra «fulana». Cuando me enojo, grito «zorra» o «perra». ¿Cuál de los dos colgaría antes? ¿En qué momento se enconaría la conversación?

Tres años sin oír el sonido de su voz por teléfono, pero ahora hay un motivo. Colette ha «remuerto». Esta palabra no existe en ninguna parte. «Remorir» no existe.

Al principio, el principio de mi fin, Cornélia, la niñera, llevaba a nuestra hija a su casa, la casa de él, bueno, la casa de ellos. Cornélia también traía a nuestra hija a mi casa. Ahora la niña tiene quince años. Se mueve en metro o en taxi si es tarde.

Mi última película no ha sido la más taquillera. Sin embargo, es la que ha obtenido las críticas más entusiastas. Y la más difundida en el mundo.

¿Por qué pienso en esto? Yo estaba tan tranquila, muerta, nada me importaba. Me contentaba con mis dividendos bajo las sábanas cada dos semanas, y he aquí que me fuerzan a resucitar para que compre un billete de tren y reserve una habitación en una ciudad en el fin del mundo, en la Borgoña. Para ir a identificar el cadáver de una anciana a la que no conozco.

La última película que he dirigido es una historia de amor. Estuve muy inspirada.

4

Colette, soltera y sin hijos, es la hermana de mi padre, Jean. Desde el día en que él murió, llevó luto por su hermano. Llenó todo el espacio. Todo su espacio marchito. Su cuerpo delgado y pequeño, sus grandes ojos negros que le comían la cara, su zapatería, su cama, el aire que respiraba. Nunca aceptó la muerte de mi padre, «porque no hay nada que aceptar», decía, barriendo el aire con un manotazo.

Hasta mis diecisiete años, mi tía se mostró silenciosa conmigo. A veces intercambiaba unas palabras con los vecinos, los comerciantes, los clientes o los futbolistas, que la veneraban como un italiano venera a la Santísima Virgen. Pero no conmigo. Conmigo mantenía un silencio monacal.

De niña habría tenido que ocultarme detrás de las puertas de la tienda para oír su voz pronunciar palabras que no fueran: «¿Has dormido bien? ¿Tienes hambre? ¿Tienes sed? ¿Has terminado? ¿Tienes calor? Buenas noches...». Palabras lanzadas en mi dirección siempre a las mismas horas del día.

Pero nunca lo hice. Ella no me interesaba. Pensaba que no tenía nada que decir, que no tenía nada para mí. Odiaba las vacaciones, su casa, el olor de su casa. El suelo, los muebles, las ventanas estrechas, la habitación que se me destinaba y que olía a naftalina.

A los diez años, recortaba fotos en las revistas y las pegaba en libretas cuadriculadas de cuadros grandes, fotos de chicas que me hacían soñar con tener el mismo corte de pelo, la misma boca, el mismo jersey de muaré azul. ¿Cómo podría haberme interesado por una mujer que nunca se maquillaba ni concedía la menor importancia a su apariencia? Era el tipo de mujer de la que se decía: si se arreglara un poco, sería bonita. Nadaba en su ropa. Parecía que comprara expresamente tallas inadecuadas, que se equivocara para desaparecer un poco.

Para hacer trabajar a los comerciantes de Gueugnon, me daba tres cheques en blanco antes del inicio del curso. Uno para com-

prar una prenda de ropa en Shopping, otro para hacer lo mismo en Causard y el tercero para elegir un bonito par de zapatos en la tienda de la señora Bresciani. Para mi tía, «un bonito par» significaba que fueran de gran calidad. Había que pagar el precio. Modelos de piel que me destrozaban los pies.

Cada año me decía esta frase al final del mes de agosto, siempre la misma, sin señales de un afecto particular: «Toma, cómprate ropa para empezar el curso».